

Stanley G. Weinbaum

Una odisea
Marciana



E LEJANDRIA

Stanley G. Weinbaum
Una odisea
Marciana



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

UNA ODISEA MARCIANA

STANLEY G. WEINBAUM

PUBLICADO: 1934
FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG](https://www.gutenberg.org)
TRADUCCIÓN: ELEJANDRIA

UNA ODISEA MARCIANA

Jarvis se desperezó todo lo largo que pudo en el estrecho compartimento común del *Ares*.

—¡Aire que se puede respirar! —exclamó, exultante—. ¡Se siente espeso como una sopa después de esa cosa tan tenue de ahí fuera! —Señaló con la cabeza el paisaje marciano que se extendía llano y desolado bajo la luz de la luna más cercana, al otro lado del cristal de la ventanilla.

Los otros tres lo miraban con simpatía: Putz, el ingeniero; Leroy, el biólogo, y Harrison, el astrónomo y capitán de la expedición. Dick Jarvis era el químico de la célebre tripulación de la expedición del *Ares*, los primeros seres humanos en poner el pie en el misterioso vecino de la Tierra, el planeta Marte. Esto, claro está, sucedía en los viejos tiempos, menos de veinte años después de que el americano loco de Doheny perfeccionara el chorro atómico al precio de su vida, y solo una década después de que el igualmente loco Cardoza lo montara hasta la Luna. Eran auténticos pioneros, estos cuatro del *Ares*. Salvo media docena de expediciones lunares y el malogrado vuelo de de Lancey, dirigido al seductor astro de Venus, eran los primeros hombres en sentir una gravedad distinta de la terrestre, y desde luego la primera tripulación que lograba salir del sistema Tierra-Luna. Y merecían aquel éxito, si se piensa en las dificultades y las incomodidades: los meses pasados en cámaras de aclimatación allá en la Tierra, aprendiendo a respirar un aire tan tenue como el de Marte; el desafío del vacío en el diminuto cohete impulsado por los

caprichosos motores de reacción del siglo veintiuno, y sobre todo el enfrentarse a un mundo absolutamente desconocido.

Jarvis se desperezó y se tocó con los dedos la punta, en carne viva y pelándose, de su nariz congelada. Suspiró de nuevo, satisfecho.

—Bueno —estalló Harrison de pronto—, ¿vamos a oír qué pasó, o no? Sales de aquí de lo más pulcro en un cohete auxiliar, no damos contigo en diez días, ¡y al final Putz te encuentra en un hormiguero de locos con un avestruz de pega por compañero! ¡Suéltalo ya, hombre!

—¿Espil? —preguntó Leroy, perplejo—. ¿Espil qué?

—Quiere decir *spiel* —explicó Putz con seriedad—. Es contarlo.

Jarvis sostuvo la mirada divertida de Harrison sin sombra de sonrisa. —Así es, Karl —dijo, dándole la razón a Putz con gravedad—. ¡*Ich spiel es!* —Gruñó satisfecho y empezó.

—Según las órdenes —dijo—, vigilé cómo Karl despegaba hacia el norte, y luego me metí en mi sudadero volador y puse rumbo al sur. Ya te acordarás, capitán: teníamos orden de no aterrizar, solo explorar y buscar puntos de interés. Puse las dos cámaras a filmar y salí zumbando, volando bastante alto, unos seiscientos metros, por un par de razones. Primero, porque así las cámaras abarcaban más terreno, y segundo, porque las toberas inferiores remueven tanto ese semivacío que aquí llaman aire que, si vuelas bajo, levantas una polvareda.

—Todo eso ya lo sabemos por Putz —gruñó Harrison—. Aunque me hubiera gustado que guardaras las películas. Habrían pagado el coste de toda esta excursión; ¿te acuerdas del alboroto que armó el público con las primeras fotos de la Luna?

—Las películas están a salvo —replicó Jarvis—. Bueno —prosiguió—, como decía, volaba a bastante buen ritmo; tal como habíamos calculado, las alas no dan mucha sustentación en este aire por

debajo de los ciento sesenta kilómetros por hora, y aun así tuve que echar mano de las toberas inferiores.

»Así que, con la velocidad, la altura y el desenfoque que causan las toberas inferiores, la visibilidad no era gran cosa. Aun así pude distinguir que aquello sobre lo que volaba no era más que otro trozo de esa llanura gris que llevábamos examinando toda la semana desde que aterrizamos: los mismos bultos de vegetación y la misma eterna alfombra de plantas-animales reptantes, o biópodos, como los llama Leroy. Así que seguí volando, dando mi posición cada hora tal como me ordenaron, sin saber si me oíais.

—¡Yo sí! —espetó Harrison.

—Doscientos cincuenta kilómetros al sur —continuó Jarvis, imperturbable—, la superficie cambió a una especie de meseta baja, nada más que desierto y arena de un tono anaranjado. Deduje entonces que habíamos acertado en nuestra suposición, y que esa llanura gris sobre la que aterrizamos era en realidad el Mare Cimmerium, lo que convertiría mi desierto anaranjado en la región llamada Xanthus. Si estaba en lo cierto, debería toparme con otra llanura gris, el Mare Chronium, unos trescientos kilómetros más adelante, y luego con otro desierto anaranjado, Thyle I o II. Y así fue.

—¡Putz confirmó nuestra posición hace semana y media! —refunfuñó el capitán—. Vayamos al grano.

—Ya voy —comentó Jarvis—. A treinta kilómetros dentro de Thyle, aunque no os lo creáis, ¡crucé un canal!

—¡Putz fotografió cien! ¡A ver si nos cuentas algo nuevo!

—¿Y vio también una ciudad?

—¡Veinte, si es que se puede llamar ciudades a esos montones de barro!

—Bueno —observó Jarvis—, de aquí en adelante voy a contar algunas cosas que Putz no vio. —Se frotó la nariz, que le hormigueaba, y continuó—. Sabía que en esta época tenía dieciséis

horas de luz, así que a ocho horas de aquí, mil trescientos kilómetros, decidí dar la vuelta. Seguía sobre Thyle, no sabría decir si I o II, no más de cuarenta kilómetros dentro. Y justo entonces, ¡el motorcito preferido de Putz se paró!

—¿Se paró? ¿Cómo? —Putz se mostró solícito.

—El chorro atómico se debilitó. Empecé a perder altura enseguida, y de pronto me encontré dando un buen porrazo en pleno centro de Thyle. ¡Y de paso me aplasté la nariz contra la ventanilla! —Se frotó, apesadumbrado, el miembro herido.

—¿Probaste tal vez a lafar la cámara de combustión con ácido sulfúrico? —preguntó Putz—. A veces el plomo ta una radiación secundaria...

—¡Qué va! —dijo Jarvis, fastidiado—. Eso no se me habría ocurrido probarlo, claro que no, ni más de diez veces. Además, el golpe aplastó el tren de aterrizaje y arrancó las toberas inferiores. Suponiendo que hubiera conseguido arrancar el trasto, ¿qué habría pasado después? Dieciséis kilómetros con el chorro saliendo justo por debajo, ¡y me habría fundido el suelo bajo los pies! —Volvió a frotarse la nariz—. Menos mal que aquí medio kilo pesa solo doscientos gramos, o me habría quedado plano como una tortita.

—¡Yo lo hubiera arreglado! —exclamó el ingeniero—. Apuesto a que no era grafe.

—Seguramente no —convino Jarvis con sarcasmo—. Solo que no volaba. Nada grave, pero tenía que elegir entre esperar a que me recogierais o intentar volver andando: mil trescientos kilómetros, y puede que solo veinte días antes de que tuviéramos que partir. ¡Sesenta y tantos kilómetros al día! Bueno —concluyó—, decidí andar. Tantas posibilidades de que me recogierais como quedándome quieto, y así al menos me mantenía ocupado.

—Te habríamos encontrado —dijo Harrison.

—Sin duda. En fin, me monté un arnés con unas correas de asiento, me eché el depósito de agua a la espalda, cogí un cinturón

de cartuchos y el revólver, y algunas raciones de hierro, y me puse en marcha.

—¡El depósito de agua! —exclamó el pequeño biólogo, Leroy—. ¡Pesa un cuarto de tonelada!

—No estaba lleno. Pesaba unos ciento trece kilos en peso terrestre, que aquí se quedan en unos treinta y ocho. Y además, mis noventa y cinco kilos de siempre no son en Marte más que treinta y dos, así que, con depósito y todo, cargaba unos setenta kilos: veinticinco menos de lo que peso normalmente en la Tierra. Ya contaba con eso cuando me propuse la caminata diaria de sesenta y tantos kilómetros. Ah, claro, también cogí un saco de dormir termoaislante para esas noches marcianas tan crudas.

»Y allá que fui, dando saltos bastante rápido. Ocho horas de luz significaban treinta kilómetros o más. Se hacía pesado, claro, avanzando a trompicones por un desierto de arena blanda sin nada que ver, ni siquiera los biópodos reptantes de Leroy. Pero al cabo de una hora más o menos llegué al canal: solo una zanja seca de unos ciento veinte metros de ancho, y recta como una vía de tren en el plano de su propia compañía.

»Alguna vez hubo agua allí, eso sí. La zanja estaba cubierta de lo que parecía un bonito césped verde. Solo que, al acercarme, el césped se apartó de mi camino.

—¿Eh? —dijo Leroy.

—Sí, era pariente de tus biópodos. Atrapé uno: una especie de brizna de hierba, larga como mi dedo, con dos patas finas y como de tallo.

—¿Y él está dónde? —Leroy estaba ansioso.

—¡Lo solté! Tenía que seguir moviéndome, así que fui abriéndome paso con la hierba andante, que se apartaba delante de mí y se cerraba detrás. Y entonces volví a salir al desierto anaranjado de Thyle.

»Seguí a paso constante, maldiciendo la arena que hacía tan pesado el camino y, de paso, maldiciendo también ese motor tuyo tan caprichoso, Karl. Fue justo antes del anochecer cuando llegué al borde de Thyle y contemplé desde arriba el gris Mare Chronium. Y sabía que me esperaban ciento veinte kilómetros de aquello por andar, y luego unos trescientos kilómetros más de ese desierto de Xanthus, y otro tanto de Mare Cimmerium. ¿Que si estaba contento? Me puse a maldeciros a vosotros por no haber ido a buscarme.

—¡Lo estábamos intentando, memo! —dijo Harrison.

—Eso no ayudaba. Bueno, pensé que lo mejor era aprovechar lo que quedaba de luz para bajar el acantilado que bordeaba Thyle. Encontré un sitio fácil y bajé. El Mare Chronium era exactamente el mismo tipo de sitio que este: plantas sin hojas y disparatadas, y un montón de reptantes; le eché un vistazo y saqué el saco de dormir. Hasta ese momento, ¿sabéis?, no había visto nada en este mundo medio muerto que mereciera preocuparme, nada peligroso, quiero decir.

—¿Y luego? —preguntó Harrison.

—¡Ya lo creo que sí! Ya lo oiréis cuando llegue a ese punto. Bueno, estaba a punto de meterme a dormir cuando de pronto oí el jaleo más loco del mundo.

—¿Qué es jaleo? —preguntó Putz.

—Dice «*je ne sais quoi*» —explicó Leroy—. Es decir, «no sé qué».

—Eso es —convino Jarvis—. No sabía qué era, así que me acerqué a escondidas a averiguarlo. Se armaba un estruendo como de una bandada de cuervos comiéndose a un grupo de canarios: silbidos, cacareos, graznidos, trinos y qué sé yo. Rodeé un grupo de tocones y allí estaba Tweel.

—¿Tweel? —dijo Harrison, y —¿Tveel? —dijeron Leroy y Putz.

—Ese avestruz de pega —explicó el narrador—. O al menos, Tweel es lo más parecido que puedo pronunciar sin atragantarme. Él lo llamaba algo así como «Trrrweerrlll».

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó el capitán.

—¡Se lo estaban comiendo! Y chillaba, claro, como haría cualquiera.

—¡Comiéndoselo! ¿El qué?

—Eso lo averigüé después. Por entonces solo pude ver un montón de brazos negros y como de cuerda enredados en torno a lo que parecía, tal como Putz os lo describió, un avestruz. No pensaba intervenir, naturalmente; si las dos criaturas eran peligrosas, tendría una preocupación menos.

»Pero aquel bicho parecido a un ave estaba dando buena pelea, repartiendo golpes furiosos con un pico de cuarenta y cinco centímetros entre chillido y chillido. Y además, alcancé a ver una o dos veces qué había en el extremo de esos brazos. —Jarvis se estremeció—. Pero lo que me decidió fue cuando reparé en una bolsita o estuche negro que el bicho-pájaro llevaba colgado del cuello. ¡Era inteligente! O al menos domesticado, supuse. En cualquier caso, eso terminó de decidirme. Saqué la pistola automática y disparé contra lo que podía ver de su adversario.

»Hubo una agitación de tentáculos y un chorro de podredumbre negra, y entonces la cosa, con un asqueroso ruido de succión, se metió a rastras junto con sus brazos en un agujero en el suelo. El otro soltó una serie de chasquidos, se tambaleó sobre unas patas tan delgadas como palos de golf, y de pronto se volvió para mirarme de frente. Sostuve el arma lista y los dos nos quedamos mirándonos.

»El marciano no era un ave, la verdad. Ni siquiera lo parecía, salvo a primera vista. Tenía un pico, sí, y algunos apéndices como de plumas, pero el pico no era realmente un pico. Era algo flexible; podía ver cómo la punta se doblaba despacio de un lado a otro; era casi un cruce entre un pico y una trompa. Tenía pies con cuatro dedos, y unas cosas con cuatro dedos también, habría que llamarlas manos, y un cuerpecito redondeado, y un cuello largo que terminaba en una cabecita diminuta, y aquel pico. Me sacaba un par de centímetros de altura, y... bueno, ¡Putz lo vio!

El ingeniero asintió. —¡Ja! ¡Lo vi!

Jarvis continuó: —Así que... nos quedamos mirándonos el uno al otro. Al final la criatura se puso a soltar una serie de chasquidos y gorjeos, y me tendió las manos, vacías. Lo interpreté como un gesto de amistad.

—Quizá —sugirió Harrison— miró esa nariz tuya y pensó que eras su hermano.

—¡Vaya! Resulta que puedes hacer gracia sin hablar. Bueno, guardé la pistola y dije «Anda, no hay de qué» o algo por el estilo, y el bicho se acercó y nos hicimos amigos.

»Para entonces el sol estaba ya bastante bajo y supe que más me valía encender un fuego o meterme en el saco térmico. Me decidí por el fuego. Elegí un sitio al pie del acantilado de Thyle, donde la roca pudiera devolverme algo de calor en la espalda. Me puse a partir trozos de esa vegetación marciana reseca, y mi compañero cogió la idea al vuelo y trajo una brazada. Fui a coger una cerilla, pero el marciano rebuscó en su bolsa y sacó algo parecido a una brasa incandescente; con solo tocarla, el fuego prendió... y ya sabéis lo que cuesta encender un fuego en esta atmósfera.

»¡Y aquella bolsa suya! —continuó el narrador—. Era un objeto manufacturado, amigos míos: apretabas un extremo y se abría de golpe; apretabas el centro y se cerraba tan perfectamente que no se veía la costura. Mejor que las cremalleras.

»Bueno, estuvimos un rato mirando el fuego y decidí intentar algún tipo de comunicación con el marciano. Me señalé a mí mismo y dije «Dick»; él captó la idea enseguida, me tendió una garra huesuda y repitió «Tick». Luego lo señalé a él, y soltó ese silbido que yo llamaba Tweel; no puedo imitar su acento. La cosa iba bien; para recalcar los nombres repetí «Dick», y luego, señalándolo a él, «Tweel».

»¡Y ahí nos quedamos atascados! Soltó unos chasquidos que sonaban a negación, y dijo algo así como «P-p-p-prut». Y eso fue

solo el principio: yo era siempre «Tick», pero él... unas veces era «Tweel», otras «P-p-p-prut», y otras dieciséis ruidos distintos.

»Sencillamente no conseguíamos entendernos. Probé con «roca», probé con «estrella», y «árbol», y «fuego», y Dios sabe cuántas cosas más, y por mucho que lo intentaba no conseguía sacarle ni una palabra fija. Nada era igual dos minutos seguidos, y si eso es un idioma, yo soy alquimista. Al final lo dejé correr y le puse Tweel, y pareció valer.

»Pero Tweel sí se quedó con algunas de mis palabras. Recordaba un par de ellas, lo cual supongo que es todo un logro si estás acostumbrado a un idioma que te vas inventando sobre la marcha. Pero yo no conseguía coger el tranquillo a su forma de hablar; o se me escapaba algún matiz sutil, o sencillamente no *pensábamos* igual... y me inclino más bien por lo segundo.

»Tengo otras razones para creerlo. Al cabo de un rato abandoné el asunto del idioma y probé con las matemáticas. Rasqué en el suelo dos más dos igual a cuatro, y lo demostré con guijarros. Tweel volvió a captar la idea, y me informó de que tres más tres son seis. Una vez más parecía que llegábamos a algún sitio.

»Así que, sabiendo que Tweel tenía al menos estudios primarios, dibujé un círculo para el sol, señalándolo primero a él y luego al último resplandor del sol en el cielo. Después dibujé Mercurio, y Venus, y la Madre Tierra, y Marte, y por último, señalando Marte, hice un gesto con la mano abarcándolo todo para indicar que Marte era donde estábamos entonces. Iba encaminándome a hacerle entender que mi hogar estaba en la Tierra.

»Tweel entendió mi diagrama perfectamente. Lo picoteó con el pico, y con muchos trinos y cloqueos, le añadió a Marte Deimos y Fobos, iy luego dibujó la Luna de la Tierra!

»¿Veis lo que eso demuestra? Demuestra que la raza de Tweel usa telescopios... ¡que están civilizados!

—¡Nada de eso! —saltó Harrison—. La Luna se ve desde aquí como una estrella de quinta magnitud. Podrían haber visto su

revolución a simple vista.

—¡La Luna, sí! —dijo Jarvis—. Se te escapa lo importante. ¡Mercurio no se ve! Y Tweel sabía de Mercurio porque colocó la Luna en el planeta *tercero*, no en el segundo. Si no hubiera conocido Mercurio, habría puesto la Tierra en segundo lugar, y Marte en tercero, en vez de en cuarto. ¿Lo veis?

—¡Bah! —dijo Harrison.

—Bueno —prosiguió Jarvis—, seguí con mi lección. La cosa iba bien, y parecía que iba a conseguir que captara la idea. Señalé la Tierra en mi diagrama, y luego a mí mismo, y por último, para rematarlo, me señalé a mí y luego a la Tierra misma, que brillaba de un verde intenso casi en el cenit.

»Tweel se puso a chasquear tan excitado que tuve la certeza de que lo había entendido. Saltaba arriba y abajo, y de pronto se señaló a sí mismo y luego al cielo, y otra vez a sí mismo y al cielo. Se señaló el vientre y luego Arturo, la cabeza y luego Spica, los pies y luego media docena de estrellas más, mientras yo me lo quedaba mirando boquiabierto. Entonces, de repente, dio un salto tremendo. ¡Vaya salto, os lo digo! Salió disparado hacia el cielo estrellado, ¡unos veintitrés metros si no más! Lo vi recortado contra el cielo, lo vi girar y bajar hacia mí de cabeza, ¡y aterrizar en seco sobre el pico como una jabalina! Y ahí se quedó clavado, justo en el centro de mi círculo solar dibujado en la arena... ¡en toda la diana!

—¡Chiflado! —observó el capitán—. Completamente chiflado.

—¡Eso mismo pensé yo! Me quedé mirándolo con la boca abierta mientras sacaba la cabeza de la arena y se ponía de pie. Entonces supuse que se le había escapado lo que quería decir, y repetí toda la maldita pantomima otra vez, y acabó igual, con Tweel de morros en medio de mi dibujo.

—A lo mejor es un rito religioso —sugirió Harrison.

—Puede —dijo Jarvis, dubitativo—. Bueno, ahí estábamos. Podíamos intercambiar ideas hasta cierto punto, y luego... ¡pum!

Algo en nosotros era distinto, inconexo; no me cabe duda de que Tweel me encontraba a mí tan chalado como yo a él. Nuestras mentes sencillamente miraban el mundo desde puntos de vista diferentes, y a lo mejor el suyo era tan válido como el nuestro. Pero... no conseguíamos entendernos del todo, eso es todo. Y aun así, pese a todas las dificultades, Tweel me *caía bien*, y tengo la rara certeza de que yo también le caía bien a él.

—¡Chiflado! —repitió el capitán—. Como una cabra.

—¿Sí? Espera y verás. Un par de veces he pensado que a lo mejor nosotros... —Se detuvo, y luego retomó el relato—. Bueno, al final lo dejé correr y me metí en el saco térmico para dormir. El fuego no me había dado demasiado calor, pero el maldito saco sí. A los cinco minutos de cerrarme dentro ya se había puesto sofocante. Lo abrí un poco y ¡zas! Me entró en la nariz un aire de sesenta y tantos grados bajo cero, y así fue como me gané esta simpática congelación, para añadir al chichón que me hice en el aterrizaje forzoso del cohete.

»No sé qué pensaría Tweel de que yo durmiera. Se quedó por allí sentado, pero cuando me desperté había desaparecido. Apenas acababa de salir a rastras del saco cuando oí unos gorjeos, y allí venía él, planeando desde lo alto del acantilado de Thyle, de tres pisos de altura, para posarse de pico a mi lado. Lo señalé a mí mismo y hacia el norte, y él se señaló a sí mismo y hacia el sur, pero cuando cargué con todo y eché a andar, me siguió.

»¡Tenías que ver cómo se movía! Cuarenta y cinco metros de un salto, volando por el aire estirado como una lanza, y aterrizando sobre el pico. Parecía sorprendido de verme ir renqueando, pero al cabo de un rato se puso a mi lado, solo que cada pocos minutos se lanzaba a uno de sus saltos y clavaba el hocico en la arena una manzana más adelante. Luego venía disparado de vuelta hacia mí; al principio me ponía nervioso ver aquel pico viniendo hacia mí como una lanza, pero siempre acababa clavado en la arena a mi lado.

»Así que los dos seguimos avanzando penosamente por el Mare Chronium. Un sitio igual que este... las mismas plantas disparatadas

y los mismos biópodos verdes creciendo en la arena, o apartándose reptando de tu camino. Hablábamos... no es que nos entendiéramos, ya lo sabéis, sino solo por compañía. Yo cantaba canciones, y sospecho que Tweel también; al menos, algunos de sus trinos y gorjeos tenían una especie de ritmo sutil.

»Luego, para variar, Tweel hacía gala de sus cuatro palabras de inglés. Señalaba un peñasco y decía «roca», y señalaba un guijarro y lo volvía a decir; o me tocaba el brazo y decía «Tick», y lo repetía. Le hacía una gracia tremenda que la misma palabra significara lo mismo dos veces seguidas, o que la misma palabra pudiera aplicarse a dos objetos distintos. Me hizo preguntarme si su idioma no sería como el habla primitiva de algunos pueblos de la Tierra... ya sabes, capitán, como los negritos, por ejemplo, que no tienen palabras genéricas. Ninguna palabra para comida o agua u hombre... palabras para comida buena y comida mala, o agua de lluvia y agua de mar, u hombre fuerte y hombre débil... pero ningún nombre para las clases generales. Son demasiado primitivos para entender que el agua de lluvia y el agua de mar no son más que dos aspectos de la misma cosa. Pero ese no era el caso de Tweel; sencillamente éramos, de forma misteriosa, distintos... nuestras mentes eran ajenas la una a la otra. Y sin embargo... inos *caíamos bien*!

—Chalado, eso es todo —comentó Harrison—. Por eso os teníais tanto cariño los dos.

—Bueno, ipues *tú* también me caes bien! —replicó Jarvis con retintín—. En fin —prosiguió—, no vayáis a pensar que había algo raro en Tweel. De hecho, no estoy tan seguro de que no pudiera enseñarle un par de trucos a nuestra tan cacareada inteligencia humana. No era ningún superhombre intelectual, supongo; pero no olvidéis que él llegó a entender algo de mi funcionamiento mental, y yo, en cambio, no capté ni el más mínimo destello del suyo.

—¡Porque no tenía ninguno! —apuntó el capitán, mientras Putz y Leroy parpadeaban atentos.

—Ya juzgaréis eso cuando termine —dijo Jarvis—. Bueno, seguimos avanzando por el Mare Chronium todo aquel día, y todo el siguiente. ¡Mare Chronium... el Mar del Tiempo! Os digo que al final de aquella caminata estaba dispuesto a darle la razón a Schiaparelli con ese nombre. Solo aquella llanura gris e interminable de plantas raras, y ni rastro de ninguna otra vida. Era tan monótono que hasta me alegré de ver el desierto de Xanthus hacia el atardecer del segundo día.

»Yo estaba la mar de agotado, pero Tweel parecía tan fresco como siempre, a pesar de que nunca lo vi beber ni comer. Creo que podría haber cruzado el Mare Chronium en un par de horas con esos picados suyos de una manzana de largo, pero se quedó conmigo. Le ofrecí agua un par de veces; me cogía el vaso, se sorbía el líquido con el pico y luego lo escupía todo con cuidado de vuelta al vaso y me lo devolvía muy solemne.

»Justo cuando divisamos Xanthus, o los acantilados que lo bordean, se levantó una de esas nubes de arena tan desagradables, no tan mala como la que tuvimos aquí, pero horrible para caminar contra ella. Me tapé la cara con la solapa transparente del saco térmico y me las arreglé bastante bien, y me fijé en que Tweel usaba unos apéndices plumosos que le crecían como un bigote en la base del pico para taparse las narices, y una pelusilla parecida para protegerse los ojos.

—¡Es una criatura del desierto! —exclamó el pequeño biólogo, Leroy.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Él no beber agua... él está adaptado para tormenta de arena...

—¡Eso no demuestra nada! No hay agua de sobra para desperdiciar en ningún sitio de esta píldora reseca que llamamos Marte. En la Tierra a todo esto lo llamaríamos desierto, ya lo sabéis. —Hizo una pausa—. Bueno, después de que pasara la tormenta de arena, siguió soplando un vientecillo en la cara, no lo bastante fuerte para levantar la arena. Pero de pronto empezaron a llegar cosas

flotando desde los acantilados de Xanthus: iesferitas transparentes, iguales que pelotas de tenis de cristal! Pero ligeras... casi lo bastante ligeras para flotar incluso en este aire tan tenue... y vacías, además; al menos, abrí un par y no salió más que un mal olor. Le pregunté a Tweel por ellas, pero lo único que dijo fue «No, no, no», lo cual entendí que significaba que él tampoco sabía nada. Así que fueron rodando a nuestro lado como matojos rodadores, o como pompas de jabón, y seguimos hacia Xanthus. Tweel señaló una de las bolas de cristal una vez y dijo «roca», pero yo estaba demasiado cansado para discutirlo. Más tarde descubrí a qué se refería.

»Por fin llegamos al pie de los acantilados de Xanthus, cuando ya casi no quedaba luz de día. Decidí dormir en la meseta si era posible; cualquier cosa peligrosa, razoné, era más probable que anduviera rondando por la vegetación del Mare Chronium que por la arena de Xanthus. No es que hubiera visto ni el más mínimo indicio de amenaza, salvo aquel bicho negro de brazos como sogas que había atrapado a Tweel, y por lo visto ese ni siquiera rondaba, sino que atraía a sus víctimas hasta tenerlas a mano. No podía atraerme a mí mientras dormía, sobre todo porque Tweel no parecía dormir en absoluto, sino que se quedaba sentado ahí, paciente, toda la noche. Me pregunté cómo se las había arreglado aquel bicho para atrapar a Tweel, pero no había manera de preguntárselo. También lo averigüé más tarde... ies diabólico!

»Bueno, el caso es que íbamos paseando por la base de la barrera de Xanthus buscando un sitio fácil para trepar. Al menos, yo lo buscaba. Tweel podría haberla saltado sin problema, porque aquellos acantilados eran más bajos que los de Thyle... unos dieciocho metros, quizá. Encontré un sitio y empecé a subir, maldiciendo el depósito de agua que llevaba a la espalda... no me molestaba salvo al trepar... y de pronto oí un sonido que me pareció reconocer.

»Ya sabéis lo engañosos que son los sonidos en este aire tan tenue. Un disparo suena como el taponazo de un corcho. Pero aquel sonido era el zumbido de un cohete, y en efecto, allí iba nuestro

segundo auxiliar, a unos quince kilómetros hacia el oeste, entre yo y la puesta de sol.

—¡Fui yo! —dijo Putz—. Te pusco a ti.

—Sí, ya lo sabía, pero ¿de qué me sirvió? Me agarré al acantilado y me puse a gritar y a agitar una mano. Tweel también lo vio, y se puso a trinar y a gorjear, saltando hasta lo alto de la barrera y luego bien alto en el aire. Y mientras yo miraba, la máquina siguió zumbando hacia las sombras del sur.

»Trepé hasta lo alto del acantilado. Tweel seguía señalando y trinando excitadísimo, disparándose hacia el cielo y bajando de cabeza para clavarse patas arriba con el pico en la arena. Señalé hacia el sur y a mí mismo, y él dijo «Sí... sí... sí»; pero de algún modo entendí que pensaba que aquel trasto volador era pariente mío, seguramente uno de mis padres. A lo mejor le hice una injusticia a su inteligencia; ahora creo que sí.

»Me llevé una decepción amarguísima por no haber conseguido llamar la atención. Saqué el saco térmico y me metí dentro a rastras, porque ya se notaba el frío de la noche. Tweel clavó el pico en la arena, encogió las patas y los brazos, y se quedó exactamente igual que uno de esos arbustos sin hojas de por allí. Creo que se quedó así toda la noche.

—¡Mimetismo protector! —exclamó Leroy—. ¿Veis? ¡Es una criatura del desierto!

—Por la mañana —retomó Jarvis—, nos pusimos de nuevo en marcha. No llevaríamos ni noventa metros dentro de Xanthus cuando vi algo raro. ¡Esto sí que apuesto a que Putz no lo fotografió!

»Había una hilera de pirámides pequeñas... diminutas, de no más de quince centímetros de alto, que cruzaba Xanthus hasta donde alcanzaba la vista. Eran edificios menudos hechos de ladrillos en miniatura, huecos por dentro y truncados, o al menos rotos por arriba y vacíos. Las señalé y le dije «¿Qué?» a Tweel, pero soltó unos gorjeos negativos para indicar, supongo, que no lo sabía. Así

que nos pusimos en marcha siguiendo la hilera de pirámides, porque iban hacia el norte, y yo iba hacia el norte.

»iOs digo que seguimos aquella hilera durante horas! Al cabo de un rato, noté otra cosa rara: iban haciéndose más grandes. El mismo número de ladrillos en cada una, pero los ladrillos eran más grandes.

»Al mediodía ya me llegaban al hombro. Miré dentro de un par... todas igual, rotas por arriba y vacías. Examiné también un ladrillo o dos: eran de sílice, y viejos como la propia creación.

—¿Cómo tú saber? —preguntó Leroy.

—Estaban erosionados... los bordes redondeados. El sílice no se erosiona fácilmente ni en la Tierra, y en este clima...

—¿Cuántos años tú creer?

—Cincuenta mil... cien mil años. ¿Cómo quieres que lo sepa? Las pequeñas que vimos por la mañana eran más viejas... quizá diez veces más. Se estaban desmoronando. ¿Cuántos años tendrían *esas*, entonces? ¿Medio millón? ¿Quién sabe? —Jarvis hizo una pausa—. Bueno —retomó—, seguimos la hilera. Tweel las señaló y dijo «roca» una o dos veces, pero eso ya lo había hecho muchas veces antes. Además, en este caso llevaba más o menos razón.

»Intenté preguntarle. Señalé una pirámide y le pregunté «¿Gente?», señalándonos a los dos. Se puso a cloquear en tono negativo y dijo: «No, no, no. No uno-uno-dos. No dos-dos-cuatro», mientras se frotaba el vientre. Yo me lo quedé mirando y él repitió la faena otra vez: «No uno-uno-dos. No dos-dos-cuatro». Me quedé boquiabierto mirándolo.

—¡Eso lo demuestra! —exclamó Harrison—. ¡Chiflado!

—¿Tú crees? —preguntó Jarvis con sorna—. Pues yo lo interpreté de otra manera. «¡No uno-uno-dos!» No lo pilláis, claro, ¿verdad?

—No... ¡y tú tampoco!

—¡Yo creo que sí! Tweel estaba empleando las pocas palabras de inglés que sabía para transmitir una idea muy compleja. Dime, ¿qué

te sugiere a ti la palabra «matemáticas»?

—Pues... la astronomía. O... ¡o la lógica!

—¡Eso es! «No uno-uno-dos»: Tweel me estaba diciendo que los constructores de las pirámides no eran personas... o que no eran inteligentes, que no eran criaturas razonantes. ¿Lo captas?

—¡Vaya! ¡Que me aspen!

—Es muy probable.

—¿Por qué —terció Leroy— él se frota la barriga?

—¿Por qué? Porque, mi querido biólogo, ahí es donde tiene el cerebro. No en esa cabecita suya... ¡en mitad del cuerpo!

—*¡C'est impossible!*

—¡En Marte no lo es! Esta flora y esta fauna no son terrestres; tus biópodos lo demuestran. —Jarvis sonrió y retomó su relato—. Bueno, el caso es que seguimos avanzando penosamente por Xanthus, y hacia media tarde ocurrió otra cosa rara. Las pirámides se acabaron.

—¡Se acabaron!

—Sí. Y lo raro era que la última —para entonces ya eran de tres metros— estaba rematada, cerrada por arriba. ¿Entendéis? Lo que fuera que la había construido seguía dentro; habíamos seguido su rastro desde su origen, hacía medio millón de años, hasta el presente.

»Tweel y yo nos dimos cuenta casi al mismo tiempo. Saqué mi automática de un tirón (llevaba un cargador de balas explosivas Boland) y Tweel, rápido como un juego de manos, sacó de su bolsa un extraño revolvercito de cristal. Se parecía bastante a nuestras armas, salvo que la empuñadura era más grande para acomodar su mano de cuatro garras. Y avanzamos sigilosamente, armas en ristre, siguiendo la hilera de pirámides vacías.

»Tweel vio el movimiento primero. Las hiladas superiores de ladrillos se agitaban, temblaban, y de pronto resbalaron por los lados con un crujido leve. Y entonces... algo... ¡algo estaba saliendo!

»Apareció un brazo largo, gris plateado, que arrastraba tras de sí un cuerpo acorazado. Acorazado, quiero decir, con escamas de un gris plateado de brillo mate. El brazo izó el cuerpo fuera del agujero; la bestia cayó pesadamente sobre la arena.

»Era una criatura indefinida: un cuerpo como un gran tonel gris, un brazo y una especie de agujero-boca en un extremo, y en el otro una cola rígida y puntiaguda... y eso era todo. Sin más miembros, sin ojos, ni orejas, ni nariz... inada! La cosa se arrastró unos metros, clavó la cola puntiaguda en la arena, se irguió empujándose con ella, y se quedó así, sentada, sin más.

»Tweel y yo la observamos durante diez minutos antes de que se moviera. Entonces, con un crujir y un susurrar parecido a... bueno, a papel tieso arrugándose, su brazo se dirigió al agujero-boca y sacó un ladrillo. El brazo depositó el ladrillo con cuidado en el suelo, y la cosa quedó inmóvil otra vez.

»Otros diez minutos... otro ladrillo. Uno de los albañiles de la Naturaleza, ni más ni menos. Estaba a punto de escabullirme y seguir camino cuando Tweel señaló a la cosa y dijo «iroca!». Yo hice «¿eh?» y él lo repitió. Luego, acompañándolo de unos trinos, dijo «No... no...», y soltó dos o tres resoplidos silbantes.

»Pues bien, por una vez le entendí. Dije «¿No respira?» y se lo hice ver con un gesto. Tweel se puso eufórico; dijo «¡Sí, sí, sí! ¡No, no, no respira!». Luego dio un salto y voló hasta caer de morros a un paso escaso del monstruo.

»Podéis imaginaros mi sobresalto. El brazo se disponía a sacar otro ladrillo, y yo esperaba ver a Tweel atrapado y despedazado, pero... ¡no pasó nada! Tweel golpeó a la criatura con los nudillos, y el brazo cogió el ladrillo y lo colocó pulcramente junto al primero. Tweel volvió a dar golpecitos en su cuerpo, dijo «roca», y por fin reuní el valor para acercarme a mirar yo mismo.

»Tweel tenía razón otra vez. La criatura era roca, y no respiraba.

—¿Cómo tú saber? —espetó Leroy, con sus ojos negros brillando de interés.

—Porque soy químico. La bestia estaba hecha de sílice. Tenía que haber silicio puro en la arena, y de eso vivía. ¿Lo entendéis? Nosotros, y Tweel, y esas plantas de ahí fuera, e incluso los biópodos, somos vida basada en el *carbono*; esta cosa vivía gracias a un conjunto distinto de reacciones químicas. ¡Era vida basada en el silicio!

—*¡La vie silicieuse!* —gritó Leroy—. ¡Yo lo había sospechado, y ahora está probado! ¡Tengo que ir a verlo! *Il faut que je...*

—¡Bueno, bueno! —dijo Jarvis—. Ya irás a verlo. El caso es que ahí estaba la cosa, viva y sin embargo no viva, moviéndose cada diez minutos, y solo para sacar un ladrillo. Esos ladrillos eran sus desechos. ¿Lo ves, Franchute? Nosotros somos carbono, y nuestro desecho es dióxido de carbono; esta cosa es silicio, y *su* desecho es dióxido de silicio... sílice. Pero la sílice es sólida, de ahí los ladrillos. Y se va encerrando a sí misma, y cuando queda cubierta, se traslada a un sitio nuevo para empezar de nuevo. ¡Con razón crujía! Una criatura viva de medio millón de años.

—¿Cómo tú saber qué antiguo? —Leroy estaba frenético.

—Seguimos sus pirámides desde el principio, ¿no? Si esta no fuera la constructora original, la serie habría terminado en algún punto antes de que la encontráramos, ¿verdad?... habría terminado y habría empezado de nuevo con las pequeñas. Es bastante sencillo, ¿no os parece?

»Pero se reproduce, o lo intenta. Antes de que saliera el tercer ladrillo, hubo un pequeño frufrú y salió disparada toda una hilera de esas bolitas de cristal. Son sus esporas, o sus huevos, o sus semillas... llamadlas como queráis. Fueron rebotando por Xanthus igual que habían rebotado junto a nosotros allá en el Mare Chronium. Y tengo una corazonada de cómo funcionan, para tu información, Leroy. Creo que la cáscara de cristal de sílice no es más que una envoltura protectora, como la cáscara de un huevo, y que el principio activo es el olor de dentro. Es una especie de gas que ataca al silicio, y si la cáscara se rompe cerca de una fuente de ese

elemento, se pone en marcha alguna reacción que acaba desarrollando una bestia como esa.

—¡Deberías probarlo! —exclamó el francesito—. ¡Tenemos que romper una para verlo!

—¿Sí? Pues ya lo hice. Aplasté un par contra la arena. ¿Os gustaría volver dentro de unos diez mil años para ver si planté unos cuantos monstruos-pirámide? Para entonces seguramente podríais saberlo. —Jarvis hizo una pausa y respiró hondo—. ¡Señor, qué criatura más rara! ¿Os la imagináis? Ciega, sorda, sin nervios, sin cerebro... solo un mecanismo, y sin embargo... inmortal. Condenada a seguir fabricando ladrillos, construyendo pirámides, mientras existan silicio y oxígeno, y hasta después simplemente se detendrá. No estará muerta. Si los azares de un millón de años vuelven a traerle su alimento, ahí estará, lista para ponerse en marcha otra vez, cuando los cerebros y las civilizaciones ya sean cosa del pasado. Una bestia rara... ¡pero conocí otra más rara todavía!

—Si es así, debió de ser en sueños —gruñó Harrison.

—¡Tienes razón! —dijo Jarvis con seriedad—. En cierto modo, tienes razón. ¡La bestia de los sueños! Ese es el mejor nombre para ella... y es la criatura más endiablada y aterradora que se pueda imaginar. ¡Más peligrosa que un león, más insidiosa que una serpiente!

—¡Cuéntamelo! —suplicó Leroy—. ¡Tengo que ir a verla!

—¡A *este* diablo no! —Volvió a hacer una pausa—. Bueno —prosiguió—, Tweel y yo dejamos atrás a la criatura-pirámide y seguimos abriéndonos paso por Xanthus. Estaba cansado y algo desanimado porque Putz no había conseguido recogerme, y los trinos de Tweel me estaban crispando los nervios, igual que sus caídas en picado. Así que seguí caminando sin decir palabra, hora tras hora, por aquel desierto monótono.

»Hacia media tarde avistamos una línea oscura y baja en el horizonte. Sabía lo que era. Era un canal; lo había cruzado en el cohete, y eso significaba que solo llevábamos recorrido un tercio de

Xanthus. Un pensamiento reconfortante, ¿verdad? Y aun así, iba cumpliendo el horario previsto.

»Nos acercamos despacio al canal; recordaba que este estaba bordeado por una ancha franja de vegetación, y que en él se encontraba la Ciudad de los Montículos de Barro.

»Estaba cansado, como digo. No dejaba de pensar en una buena comida caliente, y de ahí pasé a reflexionar en lo hogareño y agradable que hasta Borneo me parecería después de este planeta de locos, y de ahí a pensar en la vieja Nueva York, y luego en una chica que conozco allí... Fancy Long. ¿La conocéis?

—La artista de televisión —dijo Harrison—. La he sintonizado alguna vez. Una rubia mona... canta y baila en la hora del *Yerba Mate*.

—Esa es —dijo Jarvis, sin mucho cuidado con la gramática—. La conozco bastante bien... solo amigos, ¿eh?... aunque bajó a despedirnos cuando zarpó el *Ares*. Bueno, pensaba en ella, sintiéndome bastante solo, y todo ese tiempo nos íbamos acercando a aquella hilera de plantas gomosas.

»Y entonces... dije «¡Qué demonios...!» y me quedé mirando. Y ahí estaba ella... Fancy Long, de pie, tan clara como la luz del día, bajo uno de esos árboles disparatados, sonriendo y saludando con la mano tal como la recordaba cuando nos fuimos.

—Ahora resulta que tú también estás chalado —observó el capitán.

—Chico, casi te habría dado la razón. Me quedé mirando, me pellizqué, cerré los ojos y volví a mirar... y cada vez, ahí estaba Fancy Long, sonriendo y saludando. Tweel también vio algo; se puso a trinar y a cloquear sin parar, pero yo apenas lo oía. Iba dando saltos por la arena hacia ella, demasiado asombrado hasta para hacerme preguntas.

»No estaba a más de seis metros de ella cuando Tweel me alcanzó con uno de sus saltos voladores. Me agarró del brazo, chillando

«¡No... no... no!» con su voz aguda. Traté de sacudírmelo de encima... pesaba como si estuviera hecho de bambú... pero clavó las garras y siguió chillando. Y por fin me volvió algo de cordura y me detuve a menos de tres metros de ella. Ahí seguía ella, plantada, tan sólida como la cabeza de Putz.

—¿Qué? —preguntó el ingeniero.

—Sonreía y saludaba, y saludaba y sonreía, y yo me quedé plantado, mudo como Leroy, mientras Tweel chillaba y parloteaba. *Sabía* que no podía ser real, y sin embargo... ¡ahí estaba ella!

»Por fin dije: «¡Fancy! ¡Fancy Long!». Ella seguía sonriendo y saludando, pero se la veía tan real como si no la hubiera dejado a sesenta millones de kilómetros de distancia.

»Tweel había sacado su pistola de cristal y la apuntaba hacia ella. Le agarré del brazo, pero él intentó apartarme de un empujón. La señaló y dijo «¡No respira! ¡No respira!», y comprendí que quería decir que aquella Fancy Long no estaba viva. Chico, la cabeza me daba vueltas.

»Aun así, me pusieron los pelos de punta al verlo apuntándole con el arma. No sé por qué me quedé mirando cómo apuntaba con cuidado, pero así fue. Entonces apretó la empuñadura de su arma; hubo un pequeño resoplido de vapor, ¡y Fancy Long desapareció! Y en su lugar quedó uno de esos horrores negros y retorcidos, de brazos como sogas, igual que aquel del que había salvado a Tweel.

»¡La bestia de los sueños! Me quedé ahí, mareado, viéndola morir mientras Tweel trinaba y silbaba. Por fin me tocó el brazo, señaló a la cosa que se retorcía, y dijo «Tú uno-uno-dos, él uno-uno-dos». Después de repetirlo ocho o diez veces, lo entendí. ¿Lo entendéis vosotros?

—*¡Oui!* —chilló Leroy—. *Moi... je le comprends!* Él querer decir que tú piensas en algo, la bestia lo sabe, ¡y tú lo ves! *Un chien...* un perro hambriento, él vería el hueso grande con carne. O lo olería... ¿no?

—¡Exacto! —dijo Jarvis—. La bestia de los sueños usa los anhelos y deseos de su víctima para atrapar a su presa. El pájaro, en época de anidar, vería a su pareja; el zorro, al acechar a su propia presa, vería un conejo indefenso.

—¿Cómo él hacer eso? —inquirió Leroy.

—¿Cómo quieres que lo sepa? ¿Cómo hipnotiza una serpiente, allá en la Tierra, a un pájaro hasta metérselo en las fauces? ¿Y no hay peces de las profundidades que atraen a sus víctimas hasta la boca? ¡Señor! —Jarvis se estremeció—. ¿Veis lo insidioso que es el monstruo? Ahora estamos avisados... pero de aquí en adelante no podemos fiarnos ni de nuestros propios ojos. Vosotros podríais verme a mí, yo podría veros a uno de vosotros... ¡y detrás no habría más que otro de esos horrores negros!

—¿Cómo lo supo tu amigo? —preguntó el capitán de pronto.

—¿Tweel? Me lo pregunto yo también. Puede que estuviera pensando en algo que no tenía forma de interesarme a mí, y cuando eché a correr, se dio cuenta de que yo estaba viendo algo distinto y se puso en guardia. O quizá la bestia de los sueños solo puede proyectar una única visión, y Tweel vio lo mismo que yo... o nada. No pude preguntárselo. Pero es una prueba más de que su inteligencia está a la altura de la nuestra, o la supera.

—Te digo que está tocado del ala —dijo Harrison—. ¿Qué te hace pensar que su intelecto está a la altura del humano?

—¡Un montón de cosas! Primero, la bestia-pirámide. Nunca había visto una; él mismo lo dio a entender. Y aun así la reconoció como un autómatas de silicio, entre vivo y muerto.

—Podría haber oído hablar de ella —objetó Harrison—. Vive por aquí cerca, no lo olvides.

—Bueno, ¿y qué me dices del idioma? Yo no pesqué ni una sola idea suya, y él aprendió seis o siete palabras mías. ¿Y os dais cuenta de las ideas tan complejas que transmitió con no más de esas seis o siete palabras? ¡El monstruo-pirámide, la bestia de los sueños! Con

una sola frase me dijo que uno era un autómatas inofensivo y la otra una hipnotizadora mortal. ¿Qué me decís a eso?

—¡Vaya! —dijo el capitán.

—«Vaya» lo que quieras. ¿Habrías podido hacerlo tú, sabiendo solo seis palabras de inglés? ¿Habrías podido ir todavía más lejos, como hizo Tweel, y decirme que otra criatura tenía un tipo de inteligencia tan distinta de la nuestra que el entendimiento era imposible... más imposible incluso que entre Tweel y yo?

—¿Eh? ¿Qué es eso?

—Luego te lo cuento. Lo que quiero decir es que Tweel y su raza merecen nuestra amistad. En algún lugar de Marte... y ya veréis que tengo razón... hay una civilización y una cultura a la altura de la nuestra, y quizá más que a la altura. Y la comunicación entre ellos y nosotros es posible; Tweel lo demuestra. Puede que haga falta años de paciente ensayo, porque sus mentes nos son ajenas, pero menos ajenas que las siguientes mentes que encontramos... si es que *son* mentes.

—¿Las siguientes? ¿Qué siguientes?

—Los habitantes de las ciudades de barro junto a los canales. — Jarvis frunció el ceño, y luego retomó su relato—. Yo pensaba que la bestia de los sueños y el monstruo de silicio eran los seres más extraños que cabía concebir, pero me equivocaba. Estas criaturas son todavía más ajenas, menos comprensibles que las otras dos, y muchísimo menos comprensibles que Tweel, con quien es posible la amistad, e incluso, con paciencia y concentración, el intercambio de ideas.

»Bueno —continuó—, dejamos a la bestia de los sueños agonizando, arrastrándose de vuelta a su agujero, y avanzamos hacia el canal. Había una alfombra de esa extraña hierba andarina que se apartaba a toda prisa de nuestro paso, y cuando llegamos a la orilla, corría un hilillo amarillo de agua. La ciudad de montículos que había visto desde el cohete quedaba a un kilómetro y medio o

así hacia la derecha, y sentía suficiente curiosidad como para querer echarle un vistazo.

»Me había parecido desierta cuando la vi de pasada, y si había alguna criatura acechando dentro... bueno, Tweel y yo íbamos armados los dos. Y, por cierto, aquella arma de cristal de Tweel era un artilugio interesante; le eché un vistazo después del episodio de la bestia de los sueños. Disparaba una esquirlita de cristal, envenenada, supongo, y calculo que llevaba al menos un centenar por carga. El propelente era vapor... ivapor y nada más!

—iFapor! —repitió Putz—. ¿De dónde sale, el fapor?

—iDel agua, claro! Se veía el agua a través de la empuñadura transparente, y un traguito de otro líquido, espeso y amarillento. Cuando Tweel apretaba la empuñadura... no tenía gatillo... una gota de agua y una gota de aquella sustancia amarilla salían disparadas hacia la cámara de disparo, y el agua se vaporizaba... ipop!... así. No es tan difícil; creo que podríamos desarrollar el mismo principio. El ácido sulfúrico concentrado calienta el agua casi hasta hervirla, y la cal viva también, y luego está el potasio, y el sodio...

»Claro que su arma no tenía el alcance de la mía, pero en este aire tan tenue no se defendía mal, y desde luego llevaba tantos disparos como el revólver de un vaquero en una película del Oeste. También era eficaz, al menos contra la vida marciana; la probé apuntando a una de esas plantas disparatadas, y que me aspen si la planta no se marchitó y se desmoronó. Por eso creo que las esquirlas de cristal estaban envenenadas.

»En fin, seguimos caminando penosamente hacia la ciudad de montículos de barro, y empecé a preguntarme si los constructores de la ciudad habían excavado los canales. Señalé la ciudad y luego el canal, y Tweel dijo «iNo... no... no!» y señaló hacia el sur con un gesto. Lo interpreté como que alguna otra raza había creado el sistema de canales, quizá el pueblo de Tweel. No lo sé; a lo mejor todavía hay otra raza inteligente en el planeta, o una docena más. Marte es un mundillo muy raro.

»A unos noventa metros de la ciudad cruzamos una especie de camino... apenas una senda de barro apisonado... y entonces, de repente, ¡apareció uno de los constructores de montículos!

»Chico, hablando de seres fantásticos... Se parecía bastante a un tonel que trotara sobre cuatro patas, con otros cuatro brazos o tentáculos. No tenía cabeza, solo cuerpo y miembros, y una hilera de ojos que le daba toda la vuelta. El extremo superior del cuerpo-tonel era un diafragma tenso como el parche de un tambor, y eso era todo. Empujaba un carrito de cobre y pasó disparado junto a nosotros como alma que lleva el diablo. Ni siquiera nos hizo caso, aunque me pareció que los ojos de mi lado se desplazaron un poco al pasar.

»Un momento después llegó otro, empujando otro carrito vacío. Lo mismo... pasó zumbando de largo. Bueno, yo no estaba dispuesto a que me ignorara una panda de barriles jugando a los trenecitos, así que cuando se acercó el tercero, me planté en su camino... listo para saltar, claro, por si la cosa no se paraba.

»Pero se paró. Se detuvo y se puso a tamborilear con el diafragma de arriba. Y yo extendí las dos manos y dije: «¡Somos amigos!». ¿Y qué os creéis que hizo la cosa?

—«Encantado de conocerte», seguro —sugirió Harrison.

—No me habría sorprendido más si lo hubiera hecho. Tamborileó en su diafragma, y de pronto retumbó: «¡Somos a-rr-r-migos!», ¡y me clavó una estocada malintencionada con el carrito! Salté a un lado, y salió disparado mientras yo me quedaba mirándolo, atónito.

»Un minuto después llegó otro a toda prisa. Este no se detuvo, sino que se limitó a tamborilear «¡Somos a-rr-r-migos!» y pasó de largo a todo correr. ¿Cómo había aprendido la frase? ¿Estaban todas esas criaturas en algún tipo de comunicación entre sí? ¿Eran todas partes de algún organismo central? No lo sé, aunque creo que Tweel sí.

»En fin, las criaturas iban pasando volando junto a nosotros, y todas nos saludaban con la misma frase. Llegó a hacerme gracia;

nunca pensé que encontraría tantos amigos en esta bola dejada de la mano de Dios. Al final le hice a Tweel un gesto de desconcierto; supongo que lo entendió, porque dijo: «¡Uno-uno-dos... sí!... idos-dos-cuatro... no!». ¿Lo pilláis?

—Claro —dijo Harrison—, es una canción de cuna marciana.

—¡Sí! Bueno, ya me iba acostumbrando al simbolismo de Tweel, y lo interpreté así: «Uno-uno-dos... sí»: las criaturas eran inteligentes. «Dos-dos-cuatro... no»: su inteligencia no era de nuestro tipo, sino algo distinto, más allá de la lógica de que dos y dos son cuatro. Puede que se me escapara su sentido. A lo mejor quería decir que sus mentes eran de un nivel bajo, capaces de resolver las cosas sencillas... «uno-uno-dos, sí»... pero no las más difíciles... «dos-dos-cuatro, no». Pero creo, por lo que vimos después, que quería decir lo otro.

»Al cabo de un rato, las criaturas volvieron corriendo... primero una, luego otra. Sus carritos iban llenos de piedras, arena, trozos de plantas gomosas y basura por el estilo. Zumbaban su saludo amistoso, que en realidad no sonaba tan amistoso, y seguían a la carrera. Al tercero lo supuse mi primer conocido, y decidí charlar otra vez con él. Volví a plantarme en su camino y esperé.

»Se acercó, retumbando con su «Somos a-rr-r-migos», y se paró. Lo miré; cuatro o cinco de sus ojos me miraron a mí. Volvió a probar con su santo y seña y le dio un empujón a su carrito, pero yo no me moví. Y entonces la... la condenada criatura extendió uno de sus brazos, ¡y dos pinzas como dedos me pellizcaron la nariz!

—¡Ja! —rugió Harrison—. ¡A lo mejor esas cosas tienen sentido de la belleza!

—Ríete, ríete —refunfuñó Jarvis—. Ya llevaba un golpe feo y una mala congelación en esa nariz. Bueno, grité «¡Ay!» y salté a un lado, y la criatura se largó a toda prisa; pero desde entonces, su saludo fue «¡Somos a-rr-r-migos! ¡Ay!». Bichos raros.

»Tweel y yo seguimos el camino directo hasta el montículo más cercano. Las criaturas iban y venían, sin prestarnos la menor

atención, trayendo sus cargas de basura. El camino se sumergía sin más en una abertura, e iba en pendiente hacia abajo como una vieja mina, y por ella entraban y salían disparados los hombres-barril, saludándonos con su eterna frase.

»Miré dentro; había una luz en algún punto más abajo, y sentía curiosidad por verla. No parecía una llama ni una antorcha, entendido, sino más bien una luz civilizada, y pensé que quizá sacaría alguna pista sobre el grado de desarrollo de las criaturas. Así que entré, y Tweel me siguió, aunque no sin unos cuantos trinos y gorjeos.

»La luz era curiosa; chisporroteaba y llameaba como una vieja lámpara de arco, pero salía de una única varilla negra empotrada en la pared del corredor. Era eléctrica, sin lugar a dudas. Las criaturas eran, por lo visto, bastante civilizadas.

»Entonces vi otra luz que brillaba sobre algo reluciente, y seguí adelante para verlo de cerca, pero no era más que un montón de arena brillante. Me volví hacia la entrada para salir, y que me lleve el diablo si no había desaparecido.

»Supongo que el corredor se había curvado, o que había entrado en un pasadizo lateral. En fin, caminé de vuelta en la dirección por la que creía que habíamos venido, y no vi más que otro corredor en penumbra. ¡Aquel sitio era un laberinto! No había más que pasadizos retorcidos que corrían en todas direcciones, iluminados por luces esporádicas, y de vez en cuando una criatura pasando corriendo, a veces con un carrito, a veces sin él.

»Al principio no me preocupé mucho. Tweel y yo solo nos habíamos alejado unos pasos de la entrada. Pero cada movimiento que hacíamos después parecía meternos más adentro. Al final probé a seguir a una de las criaturas con un carrito vacío, pensando que saldría a por su basura, pero corría sin ningún rumbo, entrando por un pasadizo y saliendo por otro. Cuando se puso a dar vueltas alrededor de una columna como uno de esos ratoncitos japoneses

que bailan en círculos, me rendí, dejé caer al suelo mi depósito de agua y me senté.

»Tweel estaba tan perdido como yo. Señalé hacia arriba y él dijo «¡No... no... no!» con una especie de trino desvalido. Y no conseguíamos ninguna ayuda de los nativos. No nos prestaban ninguna atención, salvo para asegurarnos que eran amigos... ¡ay!

»¡Señor! No sé cuántas horas o días estuvimos vagando por ahí. Dormí dos veces de puro agotamiento; Tweel no parecía necesitar dormir nunca. Probamos a seguir solo los corredores que subían, pero subían un trecho y luego volvían a bajar. La temperatura en aquel maldito hormiguero era constante; no se podía distinguir la noche del día, y después de mi primer sueño no sabía si había dormido una hora o trece, así que tampoco podía saber por el reloj si era medianoche o mediodía.

»Vimos un montón de cosas raras. Había máquinas funcionando en algunos de los corredores, pero no parecían hacer nada... solo ruedas girando. Y varias veces vi a dos bestias-barril con una pequeña creciendo entre ambas, unida a las dos.

—¡Partenogénesis! —exultó Leroy—. ¡Partenogénesis por gemación, como *les tulipes*!

—Si tú lo dices, Franchute —concedió Jarvis—. Las cosas no nos hacían ningún caso, salvo, como digo, para saludarnos con «¡Somos a-rr-r-migos! ¡Ay!»». No parecían tener vida hogareña de ningún tipo, solo correteaban de aquí para allá con sus carritos, trayendo basura. Y al final descubrí qué hacían con ella.

»Habíamos tenido algo de suerte con un corredor que subía en pendiente durante un buen trecho. Empezaba a sentir que debíamos de estar cerca de la superficie cuando, de repente, el pasadizo desembocó en una cámara abovedada, la única que habíamos visto. Y chico... me dieron ganas de ponerme a bailar cuando vi lo que parecía luz del día colándose por una grieta del techo.

»Había una... una especie de máquina en la cámara, sencillamente una rueda enorme que giraba despacio, y una de las

criaturas estaba en ese momento vaciando su basura debajo. La rueda lo trituraba todo con un crujido... arena, piedras, plantas, todo convertido en polvo que se colaba hacia algún sitio. Mientras mirábamos, entraban otras en fila, repitiendo el proceso, y eso parecía ser todo. Sin ton ni son la cosa entera... pero eso es característico de este planeta de locos. Y había otro dato casi demasiado extraño para creerlo.

»Una de las criaturas, después de vaciar su carga, apartó el carrito de un golpetazo y, con toda tranquilidad, se metió ella misma bajo la rueda! La vi ser aplastada, demasiado estupefacto como para hacer ni un solo ruido, y un momento después, otra la siguió. Y eran de lo más metódicas, además: una de las criaturas sin carrito recogió el carrito abandonado.

»Tweel no parecía sorprendido; le señalé el siguiente suicidio, y él se limitó a encogerse de hombros del modo más humano que quepa imaginar, como diciendo: «¿Qué le voy a hacer?». Debía de saber más o menos algo sobre esas criaturas.

»Entonces vi otra cosa. Había algo más allá de la rueda, algo que brillaba sobre una especie de pedestal bajo. Me acerqué; había un pequeño cristal, del tamaño de un huevo, fluorescente como los mismísimos infiernos. Su luz me picaba en las manos y en la cara, casi como una descarga estática, y entonces me fijé en otra cosa curiosa. ¿Recordáis la verruga que tenía en el pulgar izquierdo? ¡Mirad! —Jarvis extendió la mano—. Se secó y se cayó... ¡así, sin más! Y mi pobre nariz maltrecha... oye, el dolor se me fue como por arte de magia. Aquella cosa tenía la propiedad de los rayos X duros o de la radiación gamma, solo que más aún; destruía el tejido enfermo y dejaba el tejido sano intacto.

»Estaba pensando qué regalo sería llevárselo a la Madre Tierra cuando un tremendo estrépito me interrumpió. Corrimos de vuelta al otro lado de la rueda justo a tiempo de ver cómo trituraban uno de los carritos. Al parecer algún suicida se había descuidado.

»Entonces, de repente, las criaturas se pusieron a retumbar y a tamborilear a nuestro alrededor, y su ruido era claramente amenazante. Una multitud de ellas avanzó hacia nosotros; retrocedimos por lo que me pareció el pasadizo por el que habíamos entrado, y ellas vinieron retumbando detrás, unas empujando carritos y otras no. ¡Bichos de locos! Había todo un coro de «¡Somos a-rr-r-migos! ¡Ay!». No me gustaba nada ese «¡ay!»; resultaba bastante sugerente.

»Tweel tenía fuera su pistola de cristal, y yo me deshice del depósito de agua para tener más libertad de movimiento y saqué la mía. Retrocedimos por el corredor con las bestias-barril siguiéndonos... unas veinte de ellas. Cosa curiosa: las que venían con carritos cargados pasaban a nuestro lado, a pocos centímetros, sin dar señal alguna.

»Tweel debió de fijarse en eso. De pronto sacó su mechero de brasa incandescente y tocó con él la carga de ramas vegetales de un carrito. ¡Puf! Toda la carga ardió en llamas... ¡y la bestia loca que lo empujaba siguió adelante sin cambiar de paso! Aun así, causó cierto revuelo entre nuestros «a-rr-r-migos»... y entonces me fijé en que el humo se arremolinaba y se enroscaba a nuestro alrededor, y, en efecto, ahí estaba la entrada.

»Agarré a Tweel y salimos disparados, con nuestros veinte perseguidores detrás. La luz del día me pareció el paraíso, aunque de un solo vistazo vi que el sol estaba casi puesto, y eso era malo, porque yo no podía sobrevivir fuera de mi saco termoaislante en una noche marciana... al menos, sin fuego.

»Y las cosas empeoraron muy deprisa. Nos acorralaron en un ángulo entre dos montículos, y ahí nos quedamos plantados. Ni yo había disparado ni tampoco Tweel; no servía de nada irritar a esos brutos. Se detuvieron a poca distancia y empezaron con su retumbar sobre la amistad y los ayes.

»¡Y entonces las cosas empeoraron todavía más! Un bruto-barril salió con un carrito, y todos hurgaron dentro y sacaron puñados de

dardos de cobre de treinta centímetros, de aspecto afilado... y de repente uno pasó silbando junto a mi oreja... ¡zas! Y a partir de ahí fue disparar o morir.

»Durante un rato nos las apañamos bastante bien. Fuimos abatiendo a los que estaban junto al carrito y logramos mantener los dardos al mínimo, pero de pronto hubo un retumbar atronador de «a-rr-r-migos» y «ayes», y todo un ejército de ellos salió de su agujero.

»¡Chico! Estábamos acabados y yo lo sabía. Entonces me di cuenta de que Tweel no lo estaba. Podría haber saltado por encima del montículo que teníamos detrás con la misma facilidad de siempre. ¡Se estaba quedando por mí!

»Oye, si hubiera tenido tiempo, me habría echado a llorar. Tweel me había caído bien desde el principio, pero no sé si yo habría tenido la gratitud suficiente para hacer lo que estaba haciendo él... suponiendo que de verdad lo hubiera salvado de la primera bestia de los sueños... él había hecho otro tanto por mí, ¿no? Le agarré del brazo, dije «Tweel», y señalé hacia arriba, y él lo entendió. Dijo «¡No... no... no, Tick!», y siguió disparando su pistola de cristal.

»¿Qué podía hacer yo? De todas formas estaría listo en cuanto se pusiera el sol, pero no podía explicárselo. Dije: «Gracias, Tweel. Eres todo un hombre», y sentí que no le estaba haciendo ningún cumplido. ¡Un hombre! Hay bien pocos hombres que hicieran eso.

»Así que yo hacía «bang» con mi pistola, y Tweel hacía «puf» con la suya, y los barriles nos lanzaban dardos y se preparaban para abalanzarse sobre nosotros, retumbando aquello de ser amigos. Había perdido toda esperanza. Y entonces, de repente, un ángel cayó del cielo en forma de Putz, ¡con sus toberas inferiores haciendo saltar a los barriles en pedacitos!

»¡Uau! Solté un grito y corrí hacia el cohete; Putz abrió la puerta y entré, riendo, llorando y gritando a la vez. Pasó un momento o así antes de que me acordara de Tweel; miré alrededor justo a tiempo

de verlo alzarse en uno de sus vuelos en picado por encima del montículo, y alejarse.

»Me costó un triunfo convencer a Putz de que fuéramos tras él. Para cuando levantamos el cohete, ya había caído la oscuridad; ya sabéis cómo llega aquí... como si apagarán una luz. Sobrevolamos el desierto y aterrizamos una o dos veces. Grité «iTweel!» y lo grité, supongo, un centenar de veces. No lo encontramos; podía viajar como el viento, y todo lo que conseguí... o quizá me lo imaginé... fue un débil trino y gorjeo que llegaba flotando desde el sur. Se había ido, y imaldita sea! Ojalá... ojalá no lo hubiera hecho.

Los cuatro hombres del *Ares* guardaron silencio... hasta el sardónico Harrison. Por fin, el pequeño Leroy rompió la quietud.

—Me gustaría verlo —murmuró.

—Sí —dijo Harrison—. Y el remedio contra las verrugas. Qué lástima que te lo dejaras allí; podría ser la cura contra el cáncer que llevan buscando siglo y medio.

—Ah, eso —masculló Jarvis, sombrío—. Eso fue lo que empezó la pelea. —Sacó del bolsillo un objeto reluciente.

»Aquí está.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB